

Mariana Travacio

ME VERÁS CAER

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

MARIANA TRAVACIO
ME VERÁS CAER

TUSQUETS
EDITORES

¿DÓNDE ESTÁ MONTES?

Le hubiese podido hacer sombra a Gardel, pero nunca sirvió para nada, ese alcohólico con patas, vago empedernido, maldito jugador. Y con ese me fui a casar, su voz melosa, la promesa del tango, decían, y yo ingenua, mirándolo con mis ojos de ternero degollado, impedida de verlo todo: me arriaba a sus hombros y me enredaban los acordes de su voz profunda, ronca, cavernosa. Idiota, yo. Y ciega. Y ahora me viene este espanto: que dónde está Montes. Y yo qué voy a saber. Debe andar por ahí, tirado en algún tugurio, abrazado a algún colchón, o debajo de algún puente, la mañana despertándolo con su luz oblicua y él con sus párpados todavía cerrados, ignorando el día, escondiendo un rato más sus ojos estropeados, de borracho. Que dónde está Montes, me repite el oficial, y yo qué voy a saber, le digo ahora en voz alta, todavía a medio despertarme, los ojos arrastrados de vergüenza, de fastidio, de hartazgo, y el oficial en la puerta, y yo en mi deshabillé, todavía despabilándome, llenándome de odio,

sumando coraje: qué pasó, le pregunto, por qué lo buscan, y el oficial que se retira unos pasos, y habla con el otro, y vuelve, que los voy a tener que acompañar, escucho, y les digo que me permitan cambiarme, y el oficial asiente, y yo cierro la puerta y balbuceo maldito, mientras me voy a vestir al cuarto, y cuando paso por el comedor suena el teléfono, esa baquelita negra que nunca suena, porque ya nadie nos llama, pero suena, y yo dudo, no puede estar sonando, pero sí, el timbre se repite, y yo me acerco y me quedo ahí, de pie, y no sé si quiero atender, casi seguro es el infeliz, que se metió en problemas otra vez, y me quiere dar alguna indicación, pedirme algún encargo, que le dé una mano, y no, no tengo ganas de escucharlo, sigo para el cuarto, a vestirme, dejo que el teléfono insista, solo, en la penumbra del comedor. Me doy cuenta de que no levanté las persianas, pero para qué las voy a levantar si ya me llevan los oficiales; me quito el deshabillé y me pongo lo primero que encuentro, la ropa que tenía puesta ayer, ese vestido de flores desabridas y los zapatos negros gastados y la cartera de cuero de mamá y me pinto un poco la boca y salgo del cuarto y cruzo el comedor que ahora está en silencio porque el teléfono dejó de sonar. Abro la puerta y ahí están, los oficiales, los cigarrillos colgándoles de los labios, y ellos, socarrones, con esa sonrisa hueca, mirándome, ahora vestida, pintada, con mis pocas cosas viejas y

pulcras; qué miran, pienso, mientras les pregunto si nos va a tomar mucho tiempo, y me contesta el más viejo: no mucho, el comisario necesita saber algunas cosas; yo doy unos pasos, y ahora estoy en la vereda, a la intemperie, la puerta a mis espaldas: me doy vuelta y la cierro, así nomás, de un portazo, como si tuviera a quién decirle que ya vuelvo, que me espere, que no tardo mucho, y los miro, a los oficiales, y les digo que me lleven, con el comisario, a ver qué quiere.